

XVII.

LA SORPRESA.

El 13 de junio habian dado los Franceses principio á un terrible bombardeo, y siete baterías despedian un fuego continuo, batian en brecha el frente derecho del tercer bastion de la izquierda, el lienzo de pared y el frente izquierdo del segundo bastion. Las demás baterías apuntaban hácia las *villas* Spada y Savorelli, que amenazaban ruina de un momento á otro, de tal modo que el dia veinte tuve que transportar con harto dolor mio mi cuartel general al palacio Corsini.

Pero estaba tan lejos de las murallas que no podia permanecer allí.

Tambien es verdad que esperaba estar mucho mas tranquilo.

Médici, á quien llamábamos el incansable, atacado todos los dias por el enemigo, tenia todos los dias que rechazar los continuos ataques, y solo así conservaba su *Vascello* y sus *casini*.

Nunca podré decir bastante en su elogio, puesto que jamás supe cómo se arreglaba para obtener tal éxito.

El 20 de junio se hallaban ya abiertas tres brechas á pesar de todos los esfuerzos que habíamos hecho Manara y yo para impedir el estrago de los proyectiles.

Por lo demás, yo me regocijaba pensando en el día del asalto : nuestros adversarios eran dignos de nosotros, y ya les habíamos probado, á pesar de cuanto haya dicho el general Lamoricière, que los Italianos sabian batirse en regla. Esperaba yo enseñarles todavía lo que era un golpe de cuchillo y de puñal.

El 21 por la tarde, estaba de guardia el segundo batallon de la Union en el bastion de la izquierda con objeto de defender la brecha abierta por el enemigo, con dos compañías del tercer regimiento que debian ser relevadas, si bien continuaron su servicio hasta la mañana siguiente para defender mejor el tercer bastion de la izquierda.

La primera y la quinta compañía de los bersaglieri estaban de servicio en el *Vascello*, la sexta y la séptima de guardia en las avanzadas de la izquierda, fuera de la puerta de San Pancracio, desde donde se extendian nuestros centinelas á la derecha

hasta los muros del casino, cerca de la paralela francesa.

Este servicio era de mucho peligro, y solo se hacia durante la noche. Poco rato antes de amanecer, la guardia de noche volvia dentro de los muros.

Coloandro Baroni, lombardo de nacimiento y mayor de los bersaglieri, tenia á su cargo la vigilancia exterior de esta línea, y el coronel Rossi el servicio de ronda mayor en el interior.

Despues de colocar las avanzadas el mayor Baroni se ocupaba en dar sus instrucciones á los capitanes Stambio y Morandoli, cuando á eso de las once de la noche se oyó del lado de los bastiones n.º 2 y 3, un ruido semejante á una cosa que se rompe.

Algunos tiros de fusil siguieron al ruido, y despues todo volvió al silencio de la noche.

¿Qué habia sucedido?

Los Franceses se habian presentado de repente delante de la brecha, mas no como enemigos que suben al asalto, sino como soldados que relevan á una guardia. ¿De dónde salian? ¿Por dónde habian venido? ¿Qué camino habian seguido? Nunca se ha llegado á saber.

Muchos sospecharon una traicion.

El centinela fué interrogado, y solo contestó que

los Franceses habian salido de debajo de tierra, mandándole que huyera inmediatamente.

En la misma noche, el bastion n.º 7 de la muralla que la reunia con el bastion n.º 6, cayó, á pesar de su enérgica resistencia, en poder de los Franceses.

Justamente el dia anterior habia yo trasportado mi cuartel general desde la *villa* Savorelli al palacio Corsini. Poco despues de haber ocurrido este suceso, me dió aviso de lo ocurrido Beloc, ayudante mayor del regimiento de la Union.

Confieso que fué grande mi sorpresa, y que como la mayor parte, creí fácilmente en una traicion.

Acompañado de Manara y del capitan Hoffsteller, llegué al lugar del acontecimiento en el instante en que los bersaglieri, siempre dispuestos y decididos, estaban ya reunidos en la calle que conduce á San Pancracio.

La legion italiana que habia recibido aviso, me seguia á paso de carga, y detrás iban dos compañías del coronel Sacchi.

Sacchi mandó al momento á una de ellas á reconocer el terreno; pero apenas habia llegado al segundo bastion, se vió obligada, á causa del gran número de Franceses, á retirarse á la casa Gabrielli.

La terrible noticia habia ya cundido por la ciu-

dad. El triunvirato, instruido del suceso, hizo tocar á rebato, y entonces de todas las casas salieron los habitantes y en un momento las calles se llenaron de gente.

El general en jefe Roselli, el ministro de la Guerra, todo el estado mayor y tambien Mazzini acudieron al Janiculo.

El pueblo todo armado nos rodeaba, pidiendo que se echase á los Franceses fuera de las murallas.

El general Roselli y el ministro de la Guerra eran de la misma opinion, pero yo me declaré en contra.

Temia que la multitud sembrase la confusion en las filas, que no se hicieran con toda regularidad los movimientos, y que se apoderase de la gente un terror pánico, tan natural durante la noche en las personas que no están acostumbradas al fuego, y hasta en las que lo están, como habia sucedido en la noche del 40.

Pedí pues definitivamente que se esperase hasta la mañana siguiente.

Por la mañana se veria con qué enemigo íbamos á pelear, aunque este enemigo fuera la traicion.

Al despuntar el dia, toda mi division estaba pronta, reforzada con los regimientos que el general Roselli habia puesto á mi disposicion.

La compañía de los estudiantes lombardos, que formaba parte de la legion Médici, iba de vanguardia.

La legion Médici tenia tambien órden de reunirse á nosotros.

Los cañones de nuestras baterías, vueltos contra los bastiones ocupados por el enemigo, disparaban á la vez desde San Pedro in Montorio, del bastion nº. 8 y desde San Alejo.

Los estudiantes lombardos marcharon los primeros al asalto, y aunque rechazados por el fuego de los Franceses, se precipitaron á la bayoneta sobre la gran guardia y sobre los operarios, obligándoles á reconcentrarse en el casino Barberini.

Los valientes jóvenes llegaron hasta el terraplen del casino.

Pero yo acababa de saber con qué fuerzas teníamos que habérmolas, y ví que otro 3 de junio iba á llevarse la mitad de aquellos hombres que queria como á mis hijos. No abrigaba la menor esperanza de poder arrojar á los Franceses de sus posiciones: iba pues á mandar una lucha sangrienta é inútil.

Roma estaba perdida, mas estaba perdida despues de una grandiosa y heroica defensa. La derrota de

Roma despues de un sitio semejante, era el triunfo de la democracia en toda la Europa.

Además, vivia aun la idea para la que conservaba cuatro ó cinco mil defensores decididos que me conocian, que yo tambien conocia, dispuestos á acudir á mi primer grito (1).

Mandé tocar á retirada, prometiéndoles que á las cinco de la tarde se daria otro asalto, aunque no era mi intencion hacerlo así.

Los estudiantes estuvieron admirables. Solo voy á citar un ejemplo de valor sin igual. Indusio, pintor milanés, fué herido de veinte y siete bayonetazos.

Bertani le salvó la vida, y hoy goza de la mas perfecta salud.

Por lo demás, todo estaba perdido para mí, al menos momentáneamente, no porque los Franceses fuesen dueños de nuestras brechas, pero sí desde el instante en que el partido que sostenia á la República romana y á la Constituyente francesa habia sido vencido.

Suponed que sacrificando á un millar de valientes hubiera arrojado á los Franceses de sus posiciones, como el 3 de junio de las *villas* Corsini y Va-

(1) La campaña de 1859 y la expedicion de Sicilia demuestran que Garibaldi tenia razon.

lentini : lo mismo que el 3 de junio hubieran vuelto á tomar á fuerza de nuevas tropas las posiciones que yo les obligaba á abandonar.

Y en la ocasion presente no tenia las mismas razones para obstinarme en ello.

Apoderándonos de la villa Corsini, podíamos impedir que se acercasen las baterías.

Pero cuando los trabajos para acercarlas estaban ya hechos y las brechas abiertas, ¿quién podía impedir que Roma cayese en manos del enemigo? De seguro, nadie.

Antes de llegarme la noticia de que Ledru-Rollin y el partido democrático habian huido á Inglaterra, cada día que se prolongaba la existencia de Roma era un día de esperanza.

Despues de aquella noticia, la resistencia no era mas que una desesperacion inútil.

Yo creí entonces que los Romanos habian trabajado bastante á la faz del mundo, para no tener necesidad de echarse en brazos de la desesperacion.

Las potencias coaligadas habian encerrado á la República romana, esto es á toda la democracia de la península, en la antigua muralla de Aureliano.

Tan solo nos faltaba romper el círculo en que nos

encontrábamos, y llevar, como Escipion, la guerra á Cartago.

Para nosotros, Cartago era Nápoles.

Un día, así lo espero, nos encontraremos allí frente á frente el despotismo y yo.

Dios haga que este dia no se halle lejos.